

ADELINE EL CAMINO A PARÍS □□□□

George Little



Capítulo 1

ADELINE

EL CAMINO A PARÍS

Una novela corta de George Little



ADELINE

EL CAMINO A PARÍS

CAPÍTULO 1

MUERTE, DOLOR Y DUELO

© En el norte de Francia, había un pueblo muy pintoresco, donde todo estaba construido en piedra y madera; y los que lo habitaban, conservaban el estilo medieval que edificaron sus antepasados. Y en aquel bello lugar, pasaban dos vías de tren a dos destinos: uno llevaba a la ciudad de Lille en la frontera belga; y la otra vía conducía a la hermosa ciudad de París, allá por el año de 1937.

Y en las afueras de aquel pueblo, como a un kilómetro y medio de distancia, se situaba una casa grande encima de una privilegiada colina que daba una maravillosa vista; aquel hogar de piedra, cálido y envidiable, era majestuosa y muy bonita, de dos pisos, y sobresalía a todas las demás casas esparcidas en el campo; y a su alrededor... había un precioso jardín muy espacioso, en cuyo lugar vivía una jovencita judía de nombre Adeline. Una bella chica de dieciséis años, de quien contaré su lastimosa historia.

Todo comienza un día en la tarde, cuando Adeline se encontraba en el cementerio del pueblo; ella llevaba una hora en aquel triste lugar, donde la muchachita aún no quería partir, a pesar de la inminente amenaza de lluvia torrencial que se avecinaba, pues estaba conmovida e invadida por las lágrimas de su duelo.

Casi todos los asistentes a la ceremonia del entierro, se habían ido; los últimos, los íntimos amigos de la familia que iban en marcha a casa, volvían la vista atrás para observarla con lástima por última vez.

—Pobre chica, veo cuánto amaba a su padre—dijo una mujer, compasiva.

Finalmente, solo quedaron con ella su tío Herbert Bonnet, y un jovencito de nombre Hugo, el hermano menor de Adeline.



Posteriormente, ante aquella tarde sombría, un viento se dejó sentir, y ondeó los cabellos alargados de la jovencita contra su rostro. Entonces un relámpago se hizo visible con fugaz iluminación; y segundos después, un trueno rasgó el cielo.

El tío Herbert Bonnet puso su mano sobre el hombro de su querida sobrina, y le decía de nuevo que era hora de partir, pero ella no quería apartarse de aquella triste tumba.

Las primeras gotas empezaron a caer desde el cielo gris, y cada vez más y más. Ante aquello, Herbert Bonnet, insistió por tercera vez en partir, pero a Adeline no le importó que lloviera sobre ella y se mojara. Su tío quiso llevársela a la fuerza, pero ella fue más fuerte y no pudo levantarla del suelo; al final, él desistió, llevándose sólo a Hugo, el joven de catorce años, que, con pasos presurosos, lograron entrar rápidamente al coche negro.

Adeline estaba llorando tanto como nunca antes en su vida, allí, de rodillas, ante la tumba de su querido padre, una tumba con muchas flores

recibidas en memoria del señor Arnold Bonnet.

Cuando ya habían transcurrido varios minutos, el único tío que Adeline tenía en la vida, al igual que su único hermano Hugo, estaban impacientes dentro de aquel coche negro. Apenas podían ver a través del cristal empañado de la ventanilla, pues en aquel momento llovía con intensidad, con esporádicos y estruendosos truenos en el cielo, cubriéndose cada vez más con nubes espesas en lo alto que eran traídas por el fuerte viento.



Era el día más triste para aquella muchachita... empapada por aquella cálida lluvia torrencial en pleno verano de agosto.

—¿Dejarás ahí a mi pobre hermana llorando por más tiempo y mojándose de esa manera? —dijo Hugo con cierta exasperación, tras unos minutos de espera, mirando fijamente a su tío, un hombre de mediana edad que tenía un gesto reflexivo debido a la situación de su sobrina, ya que desde que murió su hermano menor, ella solo deseaba morir.

—He permitido que llore para que se desahogue con su pena, pero ya ha sido suficiente —dijo el tío Herbert, visiblemente impaciente, y soltó un profundo respiro, para luego decir a su joven chofer que fuera por ella.

El criado, de una apariencia varonil de nombre Ben Fournier, con apenas veintiún años de edad, salió del coche desplegando el paraguas negro, yendo de inmediato por la sobrina de su jefe. Al acercarse a ella, Adeline no se percató de su presencia cuando él se situó a su espalda.

—Adeline —llamó el joven Ben con una voz suave y delicada.

La joven adolescente torció un poco la cabeza para mirarlo por encima de su hombro.

Ben contempló con aire sereno el dolor de Adeline, cuyos labios de la chica le temblaban entreabiertos, sin que salieran palabras, solo gemidos ahogados.

—Ven conmigo, no te resistas más, por favor. Tu tío está impaciente —le animó él en un tono afable.

En respuesta, ella solo se limitó a mirar la tumba de su padre.

Entonces el joven Ben dio unos pasos hacía a ella, y puso su mano sobre ella con suavidad.

—Vamos a casa, anda —dijo con ternura.

La chica se levantó tranquilamente sin que pusiera resistencia.

Por fin Adeline de una belleza extraordinaria subió al auto negro, y detrás de un vidrio empañado... observó por última vez, el sitio donde había sido enterrado su amado padre.



El coche negro dio marcha sobre un largo camino de terracería, camino a casa; ella estaba sentada en la parte trasera del coche; se veía a la pobre jovencita que estaba reprimiendo su dolor con gemidos ahogados, ante el caluroso abrazo de su tío que la había cobijado con su saco de vestir; y una mirada fija estaba presente sobre ella, la mirada fría y poco compasivo de Hugo... que no dejaba de ver el trastorno de su desconsolada hermana como si se tratase de una loca sacada de un manicomio.

Después de un largo tramo de camino, el coche subía por una colina, bajo un panorama de intensa lluvia; al llegar a la cima, se podía contemplar la

amplia casa del tío Herbert, una edificación antigua con un tejado de tejas marrones; una pintoresca y rústica casa medieval de piedra ocre.

—Señorita Joselyne, llévase a Adeline, y personalmente dele un baño caliente; luego la lleva de inmediato a su habitación a que descanse, lo necesita —le pidió el señor Bonnet a la joven criada desde el momento en que él entró apresuradamente por la puerta principal de la casa.

—Sí, señor, enseguida. (La bella señorita Joselyne Mercier, desempeñaba el trabajo de ama de llaves en aquella amplia casa de piedra, y tenía a su cargo a tres sirvientas principales; una de ellas se llamaba: Davina Marchant, quien estaba a cargo de la cocina y las compras.)



Adeline estaba desnuda, sentada en la tina de baño lleno de agua. Joselyne, la ama de llaves, había empezado a decirle con una voz tan dulce como la propia miel de un panal mientras enjabonaba con delicadeza a la pobre chica:

—Puedo comprender el dolor que sientes por la pérdida de tu padre, pero él no querría verte sufrir con esa congoja que te consume el alma..., no

hasta el punto de querer quitarte la vida.

Adeline intentó bajar el ritmo de su llanto para poder hablar en un tono ahogado y bajo el dominio de aquel dolor.

—Déjame en paz Joselyne, no quiero escuchar tus palabras. Muy bien sabes que él lo era todo para mí, lo quería tanto. Me duele mucho haberlo perdido; ahora mi vida ya no tiene sentido sin él—dijo la desconsolada muchachita.

Joselyne no pudo decir más palabras; era evidente que Adeline no quería ser consolada; no estaba para escuchar buenas razones; tampoco no era el momento adecuado para ello; la gran pena ciertamente le había nublado el juicio. Por tanto, no tenía caso seguir hablando con la jovencita francesa judía, no hasta que pasara su intenso dolor.

La bella mujer de veintisiete años solo se limitó a decirle con su medida habitual:

—Si deseas llorar, llora todo lo que desees. Habrá un momento en el tiempo, en que tu dolor menguará, y entonces recobrarás la calma en todo tu espíritu herido.

—¡Padre mío, por qué tenías que morir! ¡No debiste morir dejándome sola! ¡Te necesito padre, te necesito! —fueron las amargas palabras de la jovencita al soltar de nuevo su llanto incontenible en aquella tina de baño.



Al cabo de un rato, el ama de llaves la arropó en la cómoda habitación de Adeline. La adolescente solo gemía en sus adentros, ya que el llanto audible se había apagado en ella, al menos por aquel momento.

Poco más tarde, el señor Bonnet ya se había alistado con ropa seca y cómoda; y estando en su estancia del despacho del primer piso, contemplaba tras la ventana: una tela de lluvia. Al poco rato se sentó en su cómodo sillón frente aquella ventana; trataba de relajarse ante toda aquella tensión vivida con un fin de cosas que tuvo que hacer y concluir sobre el funeral de su hermano menor que había fallecido a los 31 años.

Ante aquello, tres toquidos suaves se escucharon en la elegante puerta labrada de madera marrón. La joven ama de llaves llamó con una voz suave y delicada:

—¿Señor, Bonnet...? ¿Puedo entrar?

El señor de la casa escuchó su voz; dejó la copa de vino tinto a un lado en la mesita redonda y se puso de pie adoptando una postura solemne.

—Adelante, pasa —respondió él.

—Perdone que lo moleste —dijo ella al entrar.

—No es ninguna molestia. ¿Cómo sigue Adeline? —preguntó el señor

Bonnet.

—Ella ahora duerme plácidamente. Venía a decírselo para que esté más tranquilo.

—Gracias, Joselyne. Eres muy amable en expresarlo.

—Siento mucho la muerte de su hermano. No tuve la oportunidad de decírselo en una ocasión apropiada. Siempre lo miraba muy afligido.

—Yo también lo siento mucho por ti. Se nota que lo querías mucho.

La señorita Joselyne no pudo evitar que se le mojaran aquellos bellos ojos azules claros; se había evidenciado su profundo dolor que ensombrecía aquel bello rostro que tenía.

—Así es..., lo amaba... lo amaba mucho... —dijo la mujer, cuando el dolor le impidió seguir hablando por un breve instante—. Perdón, no puedo evitar mis lágrimas. —La voz ya era entrecortada, cohibiéndose al secarlas con sus dedos.

—Creo que debiste ir al entierro —le dijo él compasivamente.

—Me ha sido suficiente con el funeral..., es mucho más doloroso verlo que lo entierren, soy demasiado sensible; no lo soportaría mucho. Perdona, por favor, mi ausencia en su entierro —dijo ella mucho más tranquila.

—Comprendo... Ya te imaginarás cómo se puso Adeline. Fue muy doloroso verla en ese estado tan lamentable.

—Puedo imaginar su dolor. Como lo siento de verdad.

—Tranquila. Todo estará bien. La vida sigue su curso. Sólo espero que mi sobrina entre pronto en resignación y vuelva a su vida normal. Lo mismo es lo que deseo para ti.

—Gracias. Yo estaré bien.

—¿Segura que estarás bien?

—Sí, señor; he aprendido a soportar los dolores de la vida. Pero en cuanto a ella, trataré de consolarla en sus malos momentos, hasta que considerablemente se recupere de su dolor.

—Eso sería bueno, que estés cerca de ella y la consueles mientras su dolor pueda sanar. Sólo ha estado pensando en quitarse la vida y eso me preocupa. Por eso quiero que la vigiles y no la dejes sola, está en un

momento depresivo y eso la hace vulnerable a una locura.

—Ella es casi como una hija; la cuidaré bien.

—Gracias, señorita Joselyne. Agradezco mucho su ayuda.

—Pero, ¿quién se ocupará de organizar la casa?

—No te preocupes por eso. Yo arreglaré ese asunto..., ya tengo a una persona en mente, mientras le pase este martirio de dolor por la muerte de mi hermano... Adeline debe recuperarse.

—Está bien. Entonces yo me ocuparé de ella desde este momento.
¿Necesita alguna otra cosa?

—No, ve a descansar. Sólo dile a Davina que se limite a preparar algo ligero para la cena.

—Sí, señor. —Y ella finalmente se retiró.

APÓYAME POR FAVOR CON TUS APLAUSOS

Capítulo 1 actualizado el día Viernes, 18 de diciembre 2020

Una novela corta solo para Ebook. Compiegne.*

Copyright ©George Little

Todos los derechos reservados.

Tiempo de lectura del capítulo 1 son 9 minutos.

* El capítulo 1 fue publicada en Me Gusta Escribir el 28 de abril 2015.

Registro Safe Creative 138743210965 (11 SEPTIEMBRE 2014.)

Capítulo 2



CAPÍTULO 2

UN HERMANO DIFÍCIL DE QUERER

Ya habían pasado pocas horas cuando de repente dejó de llover. Y en una de las tres ventanas del segundo piso de aquella casa, estaba la acogedora habitación de Adeline.

Ella dormía profundamente con ese rostro de gran belleza angelical, bajo las suaves sábanas blancas. Se había cansado de tanta agitación y dolor, pues el sueño le había dominado por varias horas... hasta que, algo la despertó.

Cuando ella trató de abrir sus ojos color avellana, pudo observar una presencia delante suya ante una habitación casi oscura. Adeline hizo un

esfuerzo para enderezarse sobre su codo derecho para ver con claridad. Pero fue incapaz de ver más que una silueta humana; sin embargo, por el estilo de cabello que le resaltaba entre las sombras y su estatura, ella pudo adivinar fácilmente.

—Ah, eres tú —dijo Adeline con voz tenue sin sorprenderse. Y de ahí que pronto encendió la pequeña lámpara sobre la mesita de noche.

—Casi te asusté, ¿no es cierto? —dijo Hugo, rompiendo el misterioso silencio y dibujando una sonrisa traviesa en su rostro tan pronto fue iluminado por la lámpara.

Adeline observó por un instante a su desagradable hermano menor; desgraciadamente el único que tenía en la vida. Un chico de buena apariencia y de ojos grises, con un cabello castaño claro como su hermana, de reluciente brillo.

—Claro que no —respondió ella—. Porque pensé que tenías que ser tú, mi hermano que siempre gusta molestarme de alguna manera. —No había nada jovial en su voz, pues su estado de ánimo estaba vacío.

—Eso creí, pues ya no te asusto tan fácilmente como antes —respondió Hugo ante un rostro que no parecía notarse ninguna pena por la muerte de su padre, ni tampoco por el duelo de su hermana.

—Es porque he dejado de ser una niña tonta —dijo ella de manera desdeñosa.

—Pues aún no dejas de ser un poco tonta —replicó Hugo, con una ligera sonrisa burlona en sus labios.

Adeline le dirigió una mirada de desilusión.

—Para ti nunca soy la hermana que quieres que sea. Nunca estás conforme —respondió ella, con sequedad.

Hugo hizo un esfuerzo por mantener la voz calmada.

—Oye... hermanita, deja de pelear, ¿sí? Mira tan solo el reloj, ¿has visto la hora que es? Ya ha oscurecido.

Adeline observó el reloj de pared: señalaba que faltaba un cuarto para las ocho de la noche.

—Y date cuenta que la cena ya se ha servido y comido. El tío Herbert ha ordenado que no se te despertara. Sí que has dormido demasiadas horas,

niña mimada —decía Hugo.

—Con la muerte de mi padre, ¿qué más importa que eso?, no hay mejor medicina para el dolor y la pena que seguir dominada por el sueño y no sentir nada —respondió Adeline en un tono sombrío. Y ante pocos segundos de silencio, miró con dirección a la ventana y pidió en un buen tono—: Hazme un favor, ¿sí?

—¿Qué cosa? —dijo su hermano menor con extrañeza.

—¿Podrías correr la cortina, por favor? Quiero ver el exterior.

—¡Oh, sí! ¡Cómo usted lo ordene su Majestad! —dijo en un tono de burla, haciendo una leve reverencia—. Pero te advierto que no verás nada más que simple oscuridad; las nubes han cubierto totalmente la luna.

—No importa, solo ábrelo.

—Bien, lo haré. Por fortuna, me has tomado con buen humor —dijo con una sonrisa boba.

Ante aquello Hugo se fue a correr la cortina de la ventana de buena gana.

—¿Contenta, ahora? —dijo él al mirarla... Y por un instante miró el exterior un poco animado.

—Hay una vista muy fresca y húmeda; se puede contemplar las siluetas de los árboles y arbustos del jardín; se mueven por un ligero viento. Y las casas de los vecinos a lo lejos, tras esas ventanas, se puede ver la iluminación de sus lámparas. Es todo lo que se puede ver —dijo el muchacho. Segundos después, dio la media vuelta y le miró para añadir—: ¿Ahora la Princesa está complacida?

—Gracias... Finalmente ha dejado de llover —dijo Adeline con una expresión serena al haber contemplado el oscuro exterior desde su cama.

—Sí. Hace un rato que dejó de llover. Fue espectacular con esa tormenta eléctrica. Los chubascos rara vez vienen en verano. Y lo poco que dura. Seguramente mañana habrá mucho sol.

—Ya lo creo que sí —dijo ella.

—¿Qué hay de ti mi querida hermana? ¿Cómo te sientes ahora? Empezaste a preocuparme —preguntó Hugo con inusitada dulzura.

—Un poco mejor, gracias; aunque no debiste interrumpir mi sueño. Pero

al menos me consuela un poco saber que te preocupaste por mí.

—Pues todos están preocupados por ti. Sí que has llorado mucho, tanto como lo haría una loca. Estabas totalmente desquiciada —dijo ahora sin la menor delicadeza, y sin mostrar ningún tipo de sensibilidad en sus palabras.

Adeline lo fulminó con la mirada.

—¿Una loca? ¿Eso dijiste? —dijo de repente.

—Sí, una loca... eso he dicho, ¿y qué con eso? —pronunció él con desfachatez.

Sus palabras hirientes desataron en ella su indignación.

—Si he llorado a mi padre de esa manera, es porque lo quería tanto, y lo extrañaré mucho. Me causa mucho dolor su pérdida... Es una lástima que no sientas casi nada por su muerte.

—No tengo la necesidad de llorar por su muerte. Ya tuvo su vida. Y todos hemos de morir algún día de una cosa u otra. El simplemente se fue y ya —dijo Hugo con sequedad.

—Entonces habré de lamentarme mucho que tenga un hermano sin corazón; es una verdadera pena —se quejó ella con tristeza.

—¿Para qué llorar si mi padre no fue complaciente conmigo? Sin embargo, contigo siempre lo ha sido..., fuiste su favorita —le confesó Hugo en un tono amargado.

—Si no lo era contigo fue porque fuiste un hijo desagradecido y desobediente. No había forma de que mi padre te disciplinara con la vara que solo negarte a todos tus caprichos y terquedad —le recordó ella en un tono serio y firme.

El semblante del muchacho cambió radicalmente para mal.

—¡Pues que mal pagármelo de esa manera! —replicó Hugo con tal resentimiento que desfiguraba su cara.

—No digas que no fue un buen padre para nosotros. Yo siempre le fui obediente y me compensaba, aunque nunca se lo pedía —se molestó Adeline al defender el honor de su padre, estando aún inclinada desde su cama—. Ahora sal de mi habitación, ya no estoy de humor para hablar contigo, solo quiero seguir durmiendo. —Ella se acostó de nuevo y se volteó para el lado izquierdo, cubriéndose con la sábana hasta el cuello. Deseaba llorar, pero ella se reprimía. No quería seguir llorando más

delante de su tonto hermano.

—¿Seguirás con tus dulces sueños de Bella Durmiente? ¡Qué aburrimiento la tuya! ¡Sí que lo es! —gruñó el amargado chico.

—Hugo, ya déjame en paz. No quiero hablar más contigo —pidió ella con una voz que sonaba muy dolida. No quería seguir discutiendo vanamente con su único hermano quien no le mostraba ninguna consideración.

El desprecio y rechazo de su hermana tuvo el efecto de una bofetada en la mejilla del chico.

—Pues entonces trata de seguir durmiendo, y llora todo lo que quieras en tu mundo solitario. Contigo no se puede hablar con franqueza cuando estás tan sentimental —dijo Hugo decepcionado, y salió apresuradamente de la habitación cerrando la puerta de un golpe brusco.

La señorita Joselyne Mencia vio salir al chico de la habitación.

—Ridícula —musitó Hugo al cerrar la puerta con fuerza.

—¿Qué ha pasado con tu hermana? ¿Está todo bien con ella? —preguntó ella al notar su enfado.

—La tonta de mi hermana solo quiere seguir durmiendo y quiere que se le deje en paz con su estúpido dolor —respondió aquel chico indolente de mala manera; y sin decir más, se fue.

Adeline estaba acostada de lado; sus llamativos ojos empezaron a mojarse con las escasas lágrimas que le salían y se los secaba con su mano. Segundos después, extendió su brazo para apagar la lámpara; la habitación quedó totalmente oscura: embargada por la tristeza, la soledad y el vacío ante la ausencia de su padre que descansaba en paz bajo la tierra.



La ama de llaves entreabrió la puerta, y entre la oscura habitación, vio a la pobre chica inmóvil en su cama; la muchachita fingía dormir para que no se le molestara. La mujer entró sigilosamente con una bandeja: llevaba un emparedado, un vaso grande de jugo de uva, así como una manzana y galletas; lo colocó sobre una mesita especial para ello, cerca de la cama, por si ella despertara con hambre durante la noche. Al salir, cerró la puerta con suavidad. A partir de mañana, Joselyne tendría la tarea de estar cerca de ella en todo su duelo como se lo ordenó el señor Bonnet.

APÓYAME POR FAVOR CON TUS APLAUSOS

VIERNES 18 DICIEMBRE 2020